

conéctate

CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA



MONTAÑESES

Susurros que alteraron el curso de la Historia

La fuente del verdadero amor

¿Quieres bañarte en ella?

¡Es gratis!

Tienes pleno acceso a la salvación

Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en: **www.conectate.org**

México:

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L., 64000
conectate@conectate.org
(01-800) 714 47 90 (número gratuito)
(52-81) 81 34 27 28

Chile:

Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
conectatechile@mi-mail.cl
(0) 94 69 70 45

Colombia:

Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá, D.C.
conectate@andinet.com

Estados Unidos:

Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
info@activatedministries.org
(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

Argentina:

conectatearg@lycos.co.uk

Europa:

Activated Europe
Bramingham Pk. Business Ctr.
Enterprise Way
Luton, Beds. LU3 4BU
Inglaterra
activatedEurope@activated.org
+44 (0) 845 838 1384



Hay quienes viven en perpetua inseguridad. Por muchas buenas obras que hagan y por muchas otras cosas que eviten hacer, no tienen la certeza de que irán al Cielo cuando mueran. Eso nos puede producir una enorme intranquilidad y hasta nos puede llevar a la neurosis. Es más, una vez supe de un hombre al que le ocurrió precisamente eso.

Él había aceptado a Jesús como Salvador. Pese a que se esmeraba en amoldar lo más posible su vida a las enseñanzas de Cristo, se dio cuenta de que no lograba cumplir con las exigencias que le imponían otras personas, con lo que le decían que tenía que hacer para alcanzar la salvación, pues tenía la impresión de que cada vez que cometía un error o abrigaba un pensamiento vano, perdía su salvación y tenía que empezar otra vez de cero, como cualquier pecador perdido.

Eso lo llevó a tal crisis nerviosa que terminó hospitalizado. Mientras se recuperaba en el sanatorio dedicó largas horas a la lectura de la Biblia, hasta que un día dio con el pasaje de Efesios 2:8,9: «Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe». Esas palabras le abrieron el entendimiento. Comprendió que la salvación no estaba supeditada a nada que él hubiera hecho o dejado de hacer. No llevaba aparejada ninguna condición salvo la fe en que Jesús había muerto por pecadores como él. Fue tal la alegría que lo embargó en ese momento que mejoró instantáneamente de su dolencia, superó su crisis y resolvió comunicar su descubrimiento a todas las personas que tenía a su alrededor. Decía:

—¿Saben que para obtener la salvación basta con creer? Eso es todo. Hace falta la gracia de Dios combinada con nuestra fe, ¡y nada más!

Cargado de razón estaba ese señor. Nos salvamos por gracia por medio de la fe; no por nuestras buenas obras, ni porque seamos perfectos, o hagamos penitencia, o respetemos una interminable lista de obligaciones y prohibiciones. Jesús ya lo hizo todo. Y así como nos salvamos por gracia, también por gracia nos mantenemos salvos. No tenemos que preocuparnos de perder la salvación, pues una vez que nos salvamos es para siempre.

Gabriel, en nombre de *Conéctate*

AÑO 1, NÚMERO 4

DIRECTOR **Gabriel Sarmiento**

DISEÑO **Giselle LeFavre**

ILUSTRACIONES **Doug Calder**

PRODUCCIÓN **Francisco López**

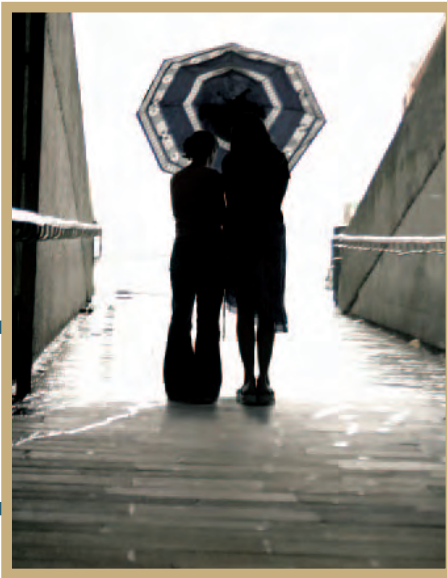
© Aurora Production AG, 2006. <http://es.auroraproduction.com>

Es propiedad. Impreso en Taiwan.

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.

CADA ACTO Y CADA PALABRA MÍA, POR INSIGNIFICANTE QUE PAREZCA, PUEDE LLEVAR A LAS PERSONAS CON QUIENES ME RELACIONO A DESCUBRIR TODO UN MUNDO DE BONDAD.

EL



PARAGUAS

TOMOKO MATSUOKA

Me dirigía al centro de la ciudad. El aire pesado presagiaba lluvia. Al ver que las nubes iban opacando el cielo, me reproché no haber tomado el paraguas. Daba la impresión de que de un momento a otro se abrirían y soltarían su carga; pero pasaban los minutos y no se ponía a llover. Anduve de aquí para allá ocupada en mis asuntos y luego emprendí el regreso a casa.

En el paso a nivel se me terminó la suerte. Mientras esperaba a que terminara de pasar el tren, empezaron a caer goterones. Una señal luminosa anunció que serían tres los trenes. Tendría que quedarme cinco minutos mojándome. Las personas que me rodeaban se refugiaron bajo sus paraguas.

«¡Qué mala suerte!», pensé. De todos modos, resolví no dejar que la situación me afectara. A fin de cuentas, no era la primera vez que la lluvia me pillaba desprevenida, aunque quizá no exactamente en las mismas circunstancias. Por lo general adoptaba una fachada de suma indiferencia a las miradas ajenas y a la lluvia, como diciendo: «Pues sí; ¡me gusta mojarme!» Tal vez la próxima vez me pondría un letrero.

Una señora de mediana edad se acercó y se quedó parada a mi lado. No tenía nada de particular, y no creo que le hubiera prestado atención de no haber sido por lo que pasó a continuación. Sin decir nada, colocó el paraguas de forma que nos tapara a las dos. Sorprendida, abandoné mi fingida indiferencia al mal tiempo y le di las gracias efusivamente. Ella me

sonrió sin pronunciar palabra. No supe qué más decir. Pero mientras esperábamos a que terminaran de pasar los trenes, me di cuenta de que no hacía falta que dijera nada. Esa señora era una de esas personas que no se lo piensan dos veces para hacer una buena acción. Cruzamos juntas las vías y nos fuimos cada una por nuestro lado.

Desde entonces se me han presentado situaciones en que pude elegir entre auxiliar a una persona o dejar pasar la oportunidad de manifestarle el amor de Dios como hizo aquella señora conmigo; por ejemplo, ofreciendo mi asiento en el tren, o ayudando a una madre a subir el cochecito de su bebé por unas escaleras. Detallitos. Y cuando me ha tentado la idea de que no tiene sentido ser amable con extraños, me ha incentivado el recuerdo de esa buena señora que compartió su paraguas conmigo.

Lo más importante es que he comprobado que cada gesto, cada acto y cada palabra mía, por insignificante que parezca, puede llevar a las personas con quienes me relaciono a descubrir todo un mundo de bondad. ¿No lo crees? ¿Lo consideras exagerado? Fíjate: estoy segura de que aquella señora olvidó hace mucho el gesto amable que tuvo años atrás con una chiquilla que se estaba mojando; las muchas buenas acciones que sin duda ha realizado desde entonces han desvanecido su recuerdo. Pero yo jamás lo olvidaré. ■

TOMOKO MATSUOKA ES MISIONERA DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN JAPÓN.

La fuente del verdadero amor

Las cosas terrenales podrán satisfacer el cuerpo, pero solo Dios es capaz de llenar el vacío espiritual que tenemos en el alma y que Él creó exclusivamente para Sí.

Dios nos creó con la necesidad de amar y ser amados. Él y solo Él puede satisfacer el más profundo anhelo del alma humana: llegar a sentirse totalmente amada y comprendida. Las cosas terrenales podrán satisfacer el cuerpo, pero solo Dios y Su amor eterno son capaces de llenar el vacío espiritual que tenemos en el alma y que Él creó exclusivamente para Sí. El espíritu humano nunca podrá sentirse satisfecho del todo con otra cosa que no sea la unión plena con el gran Espíritu de amor que lo creó.

«Dios es amor» (1 Juan 4:8). Es el Espíritu mismo del amor, del amor verdadero, un amor inmortal prodigado por un Amante incapaz de abandonarnos, el más sublime de todos los amantes. Se lo ve reflejado en Su Hijo Jesús, que vino, vivió y murió por amor, a fin de que pudiéramos vivir y amar eternamente. «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16).

DAVID BRANDT BERG (D.B.B.)

Cuando llegamos a conocer a Jesús y aceptamos que es nuestro Salvador, hacemos contacto directo y personal con el Creador, con el origen del amor: el propio Dios. Se abren ante nosotros nuevas dimensiones del amor. Nuestra percepción del amor en sus múltiples

facetas se torna más profunda y cabal. Sin embargo, entraña mucho más que eso: hace posible que experimentemos el amor sobrenatural de Dios, el cual sobrepasa con creces todo amor terrenal.

Para aceptar el amor de Dios manifestado por medio de Jesús, no tienes más que abrir el corazón y pedirle que entre a formar parte de ti. Jesús prometió: «He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye Mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo» (Apocalipsis 3:20). Él aguarda mansa y humildemente a la puerta de tu corazón. No se impone ni trata de abrirla a empujones: simplemente espera a que lo invites a pasar. Si aún no lo has hecho, pruébalo ahora mismo pronunciando una sencilla oración como la que sigue:

Jesús, creo sinceramente que eres el Hijo de Dios y que moriste por mí. Necesito que Tu amor me purifique de mis malas acciones. Te abro el corazón y te pido que entres en mí. Lléname de Tu amor hasta rebosar. Amén.

Una vez que hayas hecho esa oración, tu vida se transformará. Nacerás a un mundo de amor enteramente nuevo que quizá solo habías concebido en sueños. Jesús es capaz de darte toda una vida de amor. Te brindará todo el amor que necesites para vivir la vida a plenitud y



salir airoso de toda situación difícil. Sin embargo, no puede dártelo todo de una vez. Él y Su amor están siempre a tu alcance, pero es preciso que de cuando en cuando vuelvas a acudir a Él para obtener porciones mayores. Debes dejar que te llene a diario, a veces incluso hora tras hora o momento a momento.

En la medida en que dedicas tiempo a orar, leer Su Palabra y escuchar Su voz en tu interior, Él te imparte Su amor. Con el tiempo ese amor llegará a ser parte de ti. Poco a poco te irás pareciendo más a Él. Serás una persona más amorosa; Su amor brotará de ti para verterse sobre los demás. Conforme progreses y madures en Su amor, Su Espíritu dentro de ti te capacitará para hacer lo humanamente imposible: amar a Dios con todo tu corazón y a tu prójimo como a ti mismo (Mateo 22:37-39).

SHANNON SHAYLER

El amor que Él abriga por ti es incondicional. Por muy débil o descorazonado que te sientas o muy defraudado que estés contigo mismo o con los demás, Dios te ama igual. Su gran amor —que es total, sublime y perfecto— no disminuye en razón de las circunstancias, sean cuales sean. Él no deja de derramarlo. Lo entrega sin medida, sin límite. Su amor es de una belleza sin igual.

Su amor se vierte siempre a raudales, inconteniblemente, en toda su plenitud.

Lo mejor de todo es que está a nuestro alcance experimentarlo. Podemos dejar que se manifieste en nuestra vida en la medida en que lo deseemos y conforme a nuestra obediencia y sumisión al Señor. Él siempre busca nuevos medios de manifestar Su amor. Espera que se lo permitamos, que le abramos una vía para ello. Cuando mantenemos una relación estrecha con Él y hacemos lo que Él quiere, le damos la posibilidad de verter Su amor sobre nosotros.

MARÍA FONTAINE

Si la gente entendiera la magnitud del amor del Señor —lo verdaderamente incondicional, profundo, amplio e infinito que es—, superaría muchos de sus problemas. Se liberaría de muchos temores, preocupaciones y remordimientos. Si lograra entender eso, sabría que a la larga todo se va a solucionar, que Él hará que todo redunde en bien, pues Él dispone hasta el detalle más mínimo, y la mano con que dirige y modela nuestra vida obra con perfecto amor. ■

D.B.B.

En el librito Las muchas caras del amor encontrarás una diversidad de artículos estimulantes que invitan a reflexionar sobre uno de los temas preferidos de todos los tiempos. Puedes adquirirlo escribiendo a cualquiera de las direcciones publicadas en la página 2 de la revista.

Por muy débil o
descorazonado
que te
sientas o muy
defraudado
que estés
contigo mismo
o con los
demás, Dios te
ama igual.





{ ¡ES GRATIS! }

DAVID BRANDT BERG

La salvación es cuestión de fe pura y simple. Es consecuencia de creer: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo» (Hechos 16:31) Si la experiencia te resulta emocionante y sobrecogedora y va acompañada de alguna sensación intensa, puedes considerarte afortunado; pero eso no tiene ningún efecto sobre el hecho mismo. Lo que nos salva es la fe en la Palabra de Dios. Dios puso una sola condición para que nos salváramos: que creyéramos. Lo que sentimos o dejemos de sentir es irrelevante.

La Palabra no cambia, independientemente de cómo te sientas. Sigue siendo igual de efectiva e inalterable. Tu fe es lo que cuenta. Si aceptas la Palabra y la crees, sientas lo que sientas, ¡eres salvo! A la postre seguramente te invadirá alguna sensación y tendrás alguna experiencia; pero no es la experiencia ni la sensación lo que te salva; éstas se producen como consecuencia de haberte salvado.

El plan divino se basó desde el principio en el libre albedrío, la elección personal de cada uno. Tenemos la soberana libertad de elegir entre recibir a Cristo o rechazarlo. La salvación está a tu alcance, es tuya, está a tu entera disposición. Tú tomas la decisión.

La salvación está siempre a tu alcance; es un don gratuito. No tienes más que extender la mano de la fe y recibirla. Es un milagro de Dios, pero basta con que la pidas para alcanzarla. Todo lo que

tienes que hacer es recibir a Jesús en tu corazón. Él simplemente está esperando a que le des entrada.

Cree y serás salvo. ¡Punto! ¡Nada más! Sólo hace falta la Palabra y tu fe, ¡ninguna otra cosa! Y ya está. Si crees en la Palabra y lo recibes a Él, ¡ya está hecho! Huelga decir que si estás agradecido por el amor de Jesús y por el don de la salvación, tu diario vivir lo reflejará (Santiago 2:17,18). Así y todo, el milagro se opera en el mismo instante en que crees, antes que tengas oportunidad de manifestar tu agradecimiento o de demostrarle con tus actos el amor que le profesas.

La salvación no es un premio, no es una recompensa por algo bueno que hayas hecho o por algo malo que te hayas esforzado por no hacer; es un regalo al que no te haces acreedor ni puedes llegar a hacerte acreedor por medio de ninguna obra de carácter personal. «Por gracia sois salvos, por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8,9).

Tú sólo tienes que recibirla. A eso precisamente se refiere cuando dice: «No de vosotros». La parte que a ti te toca es de lo más fácil, tanto es así que está al alcance de un chiquillo. Consiste en recibir ese don. No es preciso que sea una experiencia emotiva. No es algo que tengas que bajar a rezos o esforzarte por obtener: simplemente aceptas a Jesús, lo recibes y sanseacabó. ¡Nada más! ■

TRATO CERRADO

No tienes que preocuparte por si vas a perder la salvación, ni por cómo te las arreglarás para seguir salvado. Salvación eterna por gracia significa que una vez que te salvas, eres salvo para siempre. Una vez que recibes a Jesucristo como tu Salvador, no hay más condiciones, ni requisitos, ni vueltas que darle. ¡Eres un hijo de Dios salvado! «El que cree en el Hijo tiene vida eterna» (Juan 3:36). Ese sencillo versículo debiera disipar todos tus temores. Tienes vida eterna, que es un don de Dios, y no la puedes perder.

Además, así como no pudiste salvarte a pulso, tus propios esfuerzos de nada te servirán para conservar la salvación. Aunque la perfección te sea esquiva y te resulte inevitable cometer equivocaciones, Dios te salvará. La salvación es eterna. El Señor ya te la ha concedido, y no te la retirará jamás. ¡Te pertenece!

Mi vida ha dado un vuelco

CARLOS (PERÚ)



Carlos junto a su esposa, Jackie, y su bebé

Un nuevo comenzar

A pesar de haber asistido a misa durante mi infancia y adolescencia, podría decirse que yo era ateo. Pensaba que Dios era una creación de los hombres. No me preocupaba mucho el tema hasta que sucedió algo que puso en peligro mi matrimonio. Eso, aparejado con la conciencia de que en el mundo las cosas iban de mal en peor, fue lo que me hizo pensar que tenía que haber un Ser Supremo.

Mi caso no fue espectacular como el de algunos que han estado metidos en drogas o en el alcoholismo, o han sufrido una crisis a raíz de la muerte de un familiar. Creo que el Señor, en el momento justo, puso en mi camino a las personas indicadas.

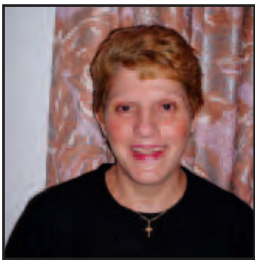
En los inicios de mi vida matrimonial hice algunas cosas no permitidas. Y cuando se supo que el sida también se contagiaba a heterosexuales, caí en la cuenta de que con las travesuras que había hecho —para colmo en el Brasil, y con niñas no muy santas que digamos—, ¡estaba en riesgo! Aquella preocupación fue *in crescendo*, y hasta hizo que aplazara durante años el nacimiento de nuestra primera hija. Eso afectó mucho nuestro matrimonio.

Una noche salimos a comer a un conocido restaurante limeño, donde nos encontramos con un grupo de música excelente. Lo que me atrajo —debo confesar— fueron las dos bellezas que cantaban en el conjunto, y que además lo hacían estupendamente. Durante el intervalo me acerqué, todo inocentón, pensando que iba a meter letra, ¡y total que ellas y los otros del conjunto terminaron metiéndome a mí la Biblia! Fuera de broma, me quedé gratamente impresionado luego de aquella conversación, tanto que los invité a mi casa.

Cuando me plantearon que orara para aceptar a Jesús, lo hice por seguirles la cuerda, como diciendo: «Voy a darle una oportunidad a Dios, no tengo nada que perder». No sabía que en realidad me estaba dando una oportunidad a mí mismo. De todos modos, enseguida sentí el cambio. No me alcanzan las palabras para explicar el vuelco que ha dado mi vida, ni lo mucho que me ha ayudado mi fe en los momentos difíciles. Estaré eternamente agradecido.

28 años de soledad

SARA (ARGENTINA)



Época atrás, una jovencita de 21 años comenzó la odisea más terrible de su existencia. Recién comenzaba a vivir cuando se le derrumbó todo: no podía salir, no podía ir a nadar, ni tomar el colectivo, ni estar sola, ni estar acompañada. La soledad era su peor enemiga.

Se casó y fue madre; ahora bien, no lo podía disfrutar, por su situación. Los años pasaban. Tuvo otro hijo, pero su padecer seguía. Cuando llegó el tercer hijo se enteró de que sufría ataques de pánico. Aunque todos sus familiares trataban de ayudarla, nada se conseguía. Doctores, psicólogos y siquiatras la atendían; sin embargo, la tristeza y agonía seguían. Ya había pasado 28 años en ese estado.

Esa mujer era yo. Estaba vacía, triste, depresiva, desilusionada. Pero Alguien muy especial llegó a mi vida. Mi hermano comenzó a hablarme de Él y de todas las cosas buenas que tenía para mí, principalmente Su inmenso amor, el que yo nunca había sentido porque no me lo habían expresado, a pesar de tener 27 años de casada. Ese Ser maravilloso que me devolvió las ganas de vivir después de haber estado muerta 28 años fue ¡Jesús!

Desde entonces, todos los días doy gracias y le ofrezco mi vida entera a nuestro Señor, que murió para que conociéramos Su amor y tengamos vida eterna, y eligió a mi hermano para darme la salvación. De Su mano me ha llevado a un nuevo mundo, para vivir lo no vivido.

Preguntas

frecuentes en torno a la

salvación

¿Quién la necesita?

La mayoría de la gente cree que Dios califica a las personas del mismo modo que un profesor a sus alumnos. Si uno procura ser bueno y no comete faltas muy graves, cuando muera y termine el curso de la vida probablemente se lo calificará con una nota aprobatoria. En caso de no sacar buena nota y reprobado el curso, la cosa es distinta...

A simple vista podría dar la impresión de ser un plan bastante justo, sobre todo si se obtiene una calificación por encima de la mínima para aprobar; sin embargo, según la Biblia no es así.

Ninguno de nosotros merece el Cielo. Reza la Escritura que «*todos* pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23). «No hay hombre justo en la Tierra, que haga el bien y nunca peque» (Eclesiastés 7:20). «No hay justo, *ni aun uno*» (Romanos 3:10). Cualquiera que se considere merecedor del Cielo por causa de sus buenas obras se engaña a sí mismo y se privará del más grande de los regalos de Dios. «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros» (1 Juan 1:8).

No hay quien pueda decir que es realmente *bueno*. Uno no puede ganarse la salvación ni acceder al Cielo gracias a sus buenas obras. «Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8,9). «Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por Su misericordia» (Tito 3:5).

¿Quién la necesita entonces? ¡Todo el mundo!

¿Qué me va a costar?

«Debe de implicar algún esfuerzo —dirás—. La cuestión no puede ser así de simple. Seguro que tendré que renunciar a algo, trabajar con ahínco o hacer *algo* por ganármela». Pero no es así. ¡Eso es precisamente lo hermoso de la salvación! Es un *don* de Dios (Efesios 2:8), o sea, es gratuita. ¿Alguna vez has tenido que ganarte un obsequio, o pagar para obtenerlo? De haber tenido que hacerlo, no habría sido un regalo.

La salvación no es un premio a nuestras buenas obras. Estas no nos abren las puertas del Cielo, así como tampoco nuestras faltas nos condenan al Infierno si es que hemos pedido y recibido el perdón de Dios mediante el sacrificio de Jesús. Uno se salva por pura fe en Él. Nos basta con admitir que no podemos comprar nuestro acceso al Cielo y con aceptar luego humildemente el regalo de Dios. Así de sencillo.

¿Hay algún pecado que Dios considere imperdonable?

Dios anhela perdonar con liberalidad a todo hombre cuantos males haya hecho. Dice: «Deje el impío su camino y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase al Señor, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar» (Isaías 55:7). En otro pasaje manifiesta: «Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como la blanca lana» (Isaías 1:18).

«No envió Dios a Su Hijo al mundo para *condenar* al mundo, sino para que el mundo sea *salvo* por Él» (Juan 3:17). Él quiere perdonar a todos; pero para obtener el perdón divino es preciso creer en Jesús (Hechos 16:31). «El que en Él [Jesús] cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no cree en el nombre del unigénito Hijo de Dios» (Juan 3:18).

Cuando la verdad —el proyecto divino de perdón y salvación por medio del sacrificio de Jesús— llega a oídos de una persona, expresada de tal manera que la puede entender a cabalidad, el Espíritu Santo habla directamente al corazón de esa persona y la lleva al punto de decisión. Si cree y reconoce a Jesús por Salvador, sus pecados le son perdonados. Por otra parte, si rechaza obstinadamente el perdón que se le ofrece, Dios se ve impedido de actuar. «Esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas» (Juan 3:19). Un repudio deliberado de esa naturaleza constituye lo que la Escritura llama *blasfemia contra el Espíritu Santo*, la cual Dios no puede perdonar (Marcos 3:28,29). Habiendo otorgado a cada hombre la sagrada facultad de elegir, Dios no puede de un momento a otro invalidar esa facultad y privar a una persona del libre albedrío que tiene para rechazar Su ofrecimiento de salvación si así lo desea.

Huelga decir que el solo hecho de que alguien rechace la verdad la primera vez que la oiga no significa que no se le volverá a dar ocasión de decidir correctamente. A muchas personas se les concede más de una oportunidad. Aun así, la Biblia nos avisa: «He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí *ahora* el día de salvación» (2 Corintios 6:2). «No sabéis lo que será mañana. Porque, ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece» (Santiago 4:14).



¿Cuánta fe se necesita?

Te sorprenderá la poca fe que se necesita para recibir el regalo de la salvación. Dios no nos pide que tengamos gran fe en algo que conocemos muy poco y entendemos menos aún. Lo cierto es que es imposible entender o apreciar la salvación sin haberla *experimentado*. Basta con tener suficiente fe para admitir que Jesús puede ser el camino de la salvación, y un sincero deseo de que Él te lo demuestre. Con tal de que tengas un granito de fe y reces: «Jesús, si en verdad existes y eres el camino de la salvación, *revélamelo*», ¡Él lo hará! Si lo que acabas de leer te ha convencido para hacer la prueba, Él te ha dado la fe necesaria para ser salvo.

¿Tiene que ser con Jesús?

Puede que te preguntes: «¿Por qué debo aceptar a Jesús en mi corazón? ¿Por qué tengo que emplear ese nombre? ¿No puedo rezar simplemente a Dios y acceder a la salvación invocando el nombre de Dios?»

Resulta que Jesús es el único que vino a la Tierra y dio la vida por ti. Él dijo: «Yo soy la puerta [de la casa de Su Padre, el reino de Dios]; el que por Mí entrare, será salvo» (Juan 10:9). De modo que si quieres ir al Cielo, tienes que pasar por Jesús, la puerta abierta.

Jesús es, además, la única puerta. «No hay otro nombre [aparte de Jesús] bajo el cielo [...] en que podamos ser salvos» (Hechos 4:12). «Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1 Timoteo 2:5). Jesús mismo dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por Mí» (Juan 14:6). Así es ni más ni menos como Dios lo ha determinado.

¿Qué pasa entonces con los adeptos de todas las demás religiones del mundo? ¿No pueden salvarse? Por supuesto que sí. Todos pueden acceder a la salvación, sea cual sea su religión. Pueden salvarse aunque no tengan religión, pero solamente por intermedio de Jesús.

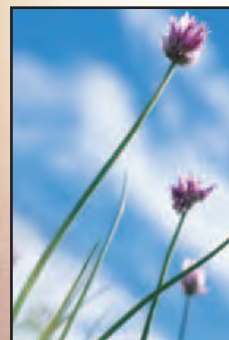
¿Puedo perder la salvación?

¡No! Una de las maravillas del don de la salvación es que una vez que has aceptado a Cristo, Él no se ausenta jamás. Ha entrado en tu vida y estará contigo para siempre. Jesús prometió que nunca te dejaría ni te abandonaría, y que estaría contigo todos los días, hasta el fin del mundo (Hebreos 13:5; Mateo 28:20). Nada que uno diga o haga puede invalidar esas extraordinarias promesas.

Jesús sabe que no eres perfecto y que nunca lo serás. Pero aun así te ama. Al perdonar tus pecados, no solo te remite los que ya cometiste, sino que te perdona también los que cometes ahora e incluso en un futuro.

Cierto es que uno puede hacerse acreedor a mayores *bendiciones* de Dios si procura agradarlo y obrar bien; pero ello no vale para mantenerse salvo. El único capaz de encargarse de eso es Jesús. Él ya selló eso de una vez para siempre. La vida eterna no es algo que se tenga a ratos; uno no se salva y luego cae de la gracia de Dios, ni vuelve a salvarse cada vez que peca y se arrepiente. No hay tal cosa. Una vez que se es salvo, se es salvo *para siempre*.

Naturalmente, si uno se empeña en obrar mal una vez que se ha salvado y no se arrepiente ni se enmienda, a la larga pagará por esos pecados. El Señor tendrá que permitir que pague las consecuencias para enseñarle una lección. «El Señor, al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo» (Hebreos 12:6). Aun así, no se pierde la salvación. ■





¡RECÁRGATE!

Jesús dijo a Sus seguidores que les enviaría «la promesa del Padre» para que fueran «investidos de poder desde lo alto» (Lucas 24:49). Si has aceptado la salvación que te ofrece Jesús y has «nacido de nuevo del Espíritu», ya has recibido una porción del poder del Espíritu Santo. Pero eso no significa que te hayas llenado de él. Por lo general, eso ocurre después, y es una experiencia aparte.

Un vaso de agua constituye una buena ilustración. Si contiene al menos una pequeña cantidad de líquido ya se puede afirmar que es un vaso de agua. No tiene por qué estar lleno. Muchos cristianos se asemejan a vasos que contienen un poco de agua, una porción del Espíritu de Dios. En cambio, los que han orado para ser llenos del Espíritu Santo son comparables a vasos rebosantes.

¿Te has llenado del poder del Espíritu de Dios? Si no, puedes hacerlo ahora mismo. No tienes más que pedirlo y recibirlo haciendo una sencilla oración como la que presentamos a continuación:

Jesús, soy consciente de que necesito una mayor porción de Tu amor y de Tu poder. Te ruego, pues, que me llenes de Tu Espíritu Santo en este momento. Amén.

¿Qué efectos produce?

Nos capacita para amar. Dios es el Espíritu mismo del amor (Juan 4:24; 1 Juan 4:8), de modo que cuando Él nos llena de Su Espíritu Santo, Su amor brota a raudales de nuestro corazón hacia Él y hacia los demás.

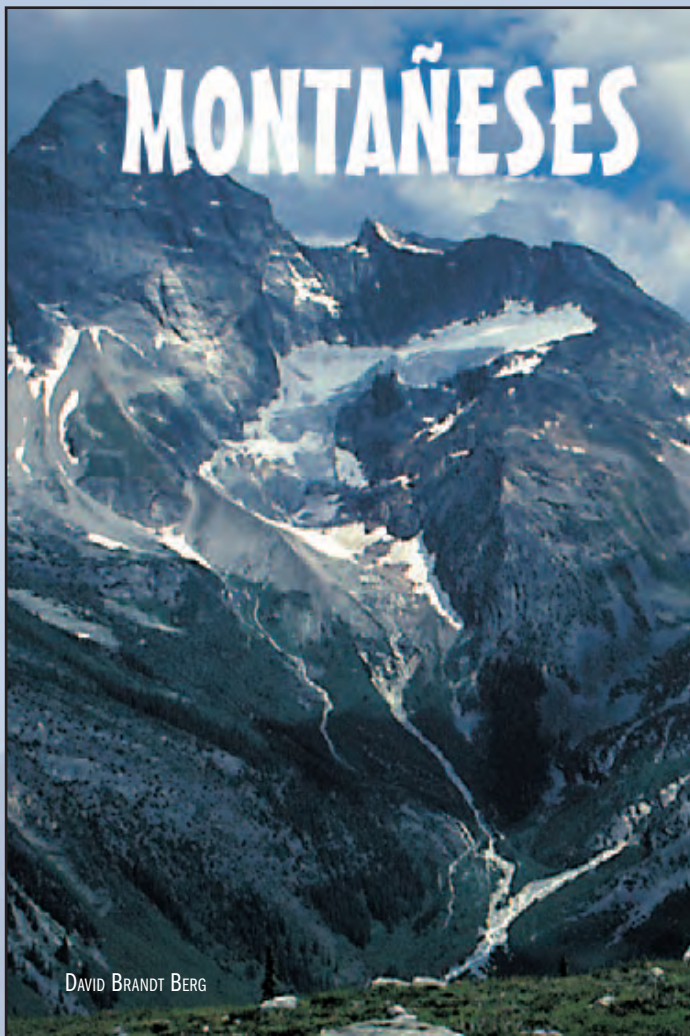
Potencia nuestras oraciones. Para funcionar bien, un aparato emisor-receptor tiene que estar enchufado a una

fuente de energía. Cuanto mejor sea ésta, mejor será el desempeño del aparato. Igual sucede con nuestras oraciones, que se alimentan de la energía del Espíritu Santo. Las oraciones potenciadas por el Espíritu alcanzan su objetivo con claridad y fuerza, y producen notables resultados (Romanos 8:26,27).

Nos faculta para sintonizarnos con mayor precisión. Poco antes de ser crucificado Jesús prometió a Sus discípulos que les enviaría un Consolador, el Espíritu Santo, para fortalecerlos, imbuirlos de poder, conducirlos y guiarlos en su vida espiritual y relación con Él. «El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en Mi nombre, Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que Yo os he dicho» (Juan 14:26).

Nos ayuda a efectuar cambios positivos en nuestra vida. Los libros de autoayuda, la determinación y la fuerza de voluntad no bastan. Lo que realmente necesitamos para que se obren cambios positivos en nuestra vida es la ayuda de Dios. Aunque por ti mismo logres cambiar en algunos aspectos, para que se produzcan cambios duraderos y de fondo es preciso el poder regenerador del Espíritu Santo (v. Tito 3:5).

Nos confiere atrevimiento y elocuencia para transmitir la Buena Nueva. Si te cuesta dar a conocer tu fe a los demás, te alegrará saber que una de las principales funciones que cumple el Espíritu Santo es darte arrojo y atrevimiento para hablar a los demás de Jesús y de Su amor. ■



Cuando Jesús subió al monte, dejó atrás las multitudes. «Viendo la multitud, [Jesús] subió al monte; y sentándose, vinieron a Él Sus discípulos» (Mateo 5:1). Los picos de las montañas nunca son muy concurridos. ¿Por qué? Porque cuesta mucho esfuerzo llegar allí. No hay mucha gente a la que le guste escalar.

En la cumbre hay más luz. Mucho después que ha anochecido en el valle, desde los cerros todavía se ve el sol. El valle casi siempre está en sombras, lleno de gente y de cosas, pero normalmente oscuro. En las alturas hace frío y viento, ¡pero es emocionante!

¡Para subir a una montaña hay que tener la convicción de que realmente vale la pena arriesgar la vida por ello! Cualquier montaña... la montaña de esta vida, la montaña de los triunfos, la montaña de los obstáculos, de las dificultades... Antes de empezar el ascenso hay que tener la sensación de que vale la pena morir por ello y arrostrar el viento, el frío y las tormentas, que representan las adversidades.

Los únicos que escalan montañas son los pioneros, los que quieren hacer algo que nadie ha logrado nunca, los que desean sobresalir de la multitud, superar lo ya realizado. Los pioneros deben tener horizontes, para ver lo que nadie más ve; fe, para creer lo que nadie más cree; iniciativa, para ser los primeros en intentarlo; y valor, ¡agallas para luchar hasta conseguirlo!

En la montaña da la impresión de que se vive en la eternidad, mientras

*En la cumbre hay
más luz.*

que abajo viven en el tiempo. Allí en la cima se ve el mundo con la debida perspectiva, cadenas de cumbres que conquistar, ¡todo un mundo que se extiende más allá del horizonte del hombre corriente, que éste no alcanza a ver! ¡Se divisan picos que aún no han sido escalados y lejanos valles inexplorados! Se aprecian cosas que los habitantes de los valles no ven nunca y que ni siquiera comprenden.

En el valle, uno se enreda con la multitud, la farsa y el materialismo y no ve nada más que el tiempo, creaciones del tiempo y cosas temporales, las cuales pronto pasarán. Pero si levanta la cabeza por encima de los

que lo rodean, uno mismo se convierte en un monte en medio de ellos. Los del montón se resienten contra uno, lo resisten y lo combaten, porque no lo entienden ni lo aceptan.

¡No quieren ni saber que existen montes! ¡No quieren que otras personas se enteren de que hay montañas, ni que

Los caminos trillados son para hombres vencidos, pero las cumbres para los pioneros valientes.

respiren siquiera por un instante el aire puro del monte cristalino! Las quieren mantener encerradas, empantanadas en el fango de los valles. No quieren que se sepa que existe otro lugar y que se puede salir del valle. Harán todo lo posible por disuadirlo a uno de subir.

En el valle domina el hombre. En la montaña sólo Dios domina, y los hombres que viven allí lo saben. Por el contrario, los que viven en los valles se creen dioses, porque se gobiernan a sí mismos. Los habitantes de los valles se encuentran protegidos y seguros, y creen que no tienen necesidad de Dios. Como ya no pueden ver el cielo se han olvidado de que existe Dios.

Los caminos trillados son para hombres vencidos, pero las cumbres para los pioneros valientes.

¿Qué se oye en la montaña? ¡Cosas que harán eco en todo el mundo! ¿Qué se percibe en la quietud? ¡Susurros que alterarán el curso de la historia! Las leyes más relevantes que ha recibido la humanidad, por las cuales se rige aún la mayoría del mundo civilizado, fueron entregadas a un hombre que se encontraba solo en una montaña. Luego que Moisés descendiera de aquellas cumbres con los Diez Mandamientos, ni la nación hebrea ni el mundo entero volvieron a ser los mismos.

El sermón más aclamado de la Historia, el sermón del monte, lo predicó a un puñado de hombres de montaña el más ilustre montañero de todos, Jesús, quien finalmente escaló solo Su última montaña —el Monte Calvario, el Gólgota— para morir por los pecados del mundo. Ese fue un monte que sólo Él podía subir por todos nosotros... ¡pero lo logró!

¡Después de oír el sermón del monte, los discípulos de Jesús descendieron y transformaron el mundo! No volvieron a ser los mismos. ¿Qué los cambió a ellos que a la postre cambió el mundo? ¡Oír la voz de Dios comunicándoles verdades diametralmente opuestas a lo que se enseñaba en el valle! Allí decían: «Bienaventurados los romanos —los altivos y poderosos—. ¡Fíjate en lo que han logrado! Han conquistado el mundo». Pero Jesús decía en la montaña justamente lo contrario:

«Bienaventurados los pobres en espíritu [los humildes], ¡porque de ellos es el Reino de los Cielos!» (Mateo 5:3). Unos sencillos pescadores incultos escucharon de la boca de un carpintero enseñanzas que los harían mayores gobernantes que los césares de Roma.

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mateo 5:6). La gente de la montaña tiene un hambre y una sed de la verdad que sólo Dios puede saciar. La gente de abajo, del valle, no ve más allá de sus narices. Son individuos satisfechos de sí mismos. Están llenos... y el Señor los envía vacíos (v. Lucas 1:53).

«Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios» (Mateo 5:8). En la montaña no hay contaminación. Tanto el agua como el aire son puros. La gente es limpia de corazón. Ve a Dios.

La vida está en la montaña. Sal del valle. «Escapa al monte cual ave» (Salmo 11:1). ■

(LA LECTURA ANTERIOR FUE EXTRAÍDA DE UN ARTÍCULO DE DAVID BRANDT BERG QUE LLEVA EL MISMO TÍTULO.)

YA ESTABA ESCRITO

TERCERA PARTE

UNA GENERACIÓN EGOÍSTA

«*Por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará*» (Mateo 24:12).

Así describió Jesús la dureza de corazón que imperaría en el futuro, en los días previos a Su segunda venida. En un pasaje afín de la Biblia el apóstol Pablo escribió: «También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios» (2 Timoteo 3:1-4).

En todas partes del mundo el egocentrismo y la insensibilidad están a la orden del día.

GLOBALIZACIÓN DE LA BUENA NUEVA

«*Será predicado este Evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el Fin*» (Mateo 24:14).

A diferencia de la escalada bélica, la intensificación del hambre, las epidemias y los terremotos, Jesús dijo que la difusión del Evangelio por todo el mundo no sólo señalaría el «principio de dolores», sino que constituiría un indicador del fin de esta era, el cual Él mismo desencadenará con Su segunda venida a la Tierra.

Según *The Almanac of the Christian World*¹, actualmente existen fieles e iglesias cristianos en todos los países del mundo. Los misionólogos calculan que entre el 75% y el 85% de la población mundial ha oído al Evangelio al menos en una ocasión². Cada año se reparten 50 millones de biblias y cerca de 80 millones de ejemplares del Nuevo Testamento, y se editan 4.000 millones de folletos destinados a la evangelización.

Según las Sociedades Bíblicas Unidas, la Biblia se halla actualmente traducida, en parte o en su totalidad, a 2.303 idiomas, lo que significa que está al alcance del 98% de la humanidad.

También proliferan otras publicaciones cristianas. Hoy en día, en las librerías del mundo se ofrecen 175.000 obras prin-

cialmente sobre Jesús, en 500 idiomas; y cada día se añaden 4 más³. El Evangelio se anuncia también mediante 38.000 revistas cristianas y 4.050 emisoras de radio y televisión⁴. El 99% de la población del planeta puede escuchar emisoras de radio cristianas⁵. Y además está la película *Jesús* de 1979, que han visto 2.000 millones de personas y que se ha traducido a más de 760 idiomas y dialectos.

Jamás en la Historia se ha divulgado el Evangelio por todo el mundo como en la época actual, a través de medios modernos como la radio, la televisión, la Internet y otras formas de telecomunicación. ¡Esta profecía de Cristo demuestra concluyentemente que hoy en día vivimos en los tiempos del Fin!

LOS TROTAMUNDOS Y LA JET SET

«*Muchos correrán de aquí para allá...*» (Daniel 12:4).

Los medios de transporte y comunicación modernos que han hecho posible la difusión del Evangelio en todos los países del mundo nos recuerdan otra predicción muy concreta referente a las condiciones imperantes en el mundo en los postreros días. En el año 534 a.C., el profeta Daniel recibió una extraordinaria revelación. Más adelante Dios le dijo que no se preocupara si aquel presagio escapaba totalmente a su comprensión: si bien le había sido comunicado a él, no iba dirigido a él. En efecto, los arcanos del libro de Daniel no llegaron a develarse sino hace poco. El Señor habló en estos términos a ese célebre profeta de la Antigüedad:

«Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del Fin. Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia se aumentará» (Daniel 12:4).

La frase «muchos correrán de aquí para allá» evoca rápidos desplazamientos de un lugar a otro. Bien podría haberse traducido: «Los viajes se incrementarán de manera vertiginosa».

Si se tiene en cuenta que los medios de transporte —el caballo, el camello, los vehículos de tracción animal, los barcos, etc.— no variaron ostensiblemente a lo largo de miles de años, la significación de esta profecía queda fuera de toda duda.

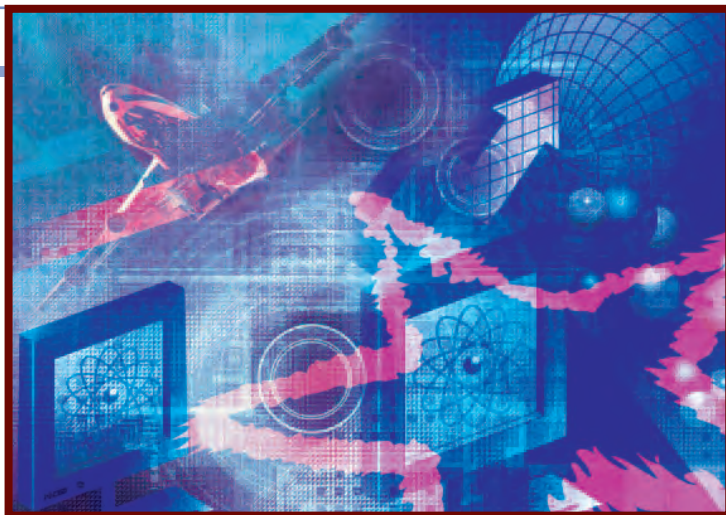
SOBRECARGA INFORMATIVA

«La ciencia se aumentará» (Daniel 12:4).

Cargado de razón estaba quien acuñó hace unos años la expresión *sobrecarga informativa*. Si el volumen de información disponible guarda relación con la cantidad de conocimientos que hay sobre un tema, puede asegurarse que en la presente generación los conocimientos científicos han aumentado hasta alcanzar cotas inimaginables. A continuación reproducimos algunos datos sobre este fenómeno:

➤ A nivel mundial se generan anualmente entre 1 y 2 exabytes de información única (registrados en papel, en película o en medios ópticos o magnéticos), o sea unos 250 megabytes por cada habitante de la Tierra. Un exabyte son mil millones de gigabytes, o 10^{18} bytes, que viene a ser lo que ocupa el texto de mil millones de libros.

➤ En el mundo se editan aproximadamente un millón de libros al año, 25.276 periódicos, 40.000 publicaciones especializadas, 80.000 revistas de circulación general y 40.000 boletines⁶.



FASCINACIÓN POR SATANÁS

«El Espíritu [Santo] dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios» (1 Timoteo 4:1).

Aunque es cierto que muchas personas se tragan inadvertidamente las falsedades de Satanás, cada vez es mayor el número de los que se adhieren al satanismo más descarado.

La Biblia enseña que a quienes se empeñan en rechazar las verdades divinas se les envía «un poder engañoso, para que crean la mentira» (2 Tesalonicenses 2:10,11). Cuando nos negamos a aceptar la verdad, no nos queda nada en qué creer sino la mentira. Por eso en estos tiempos modernos gran parte de la humanidad es presa fácil de embaucadores y falsos profetas. Con mucha frecuencia el «escuchar a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios» viene precedido de una apostasía o abandono de la fe verdadera.

Dos ámbitos en los que el paganismo y el satanismo han irrumpido con fuerza son la música popular y los videojuegos⁷. Los actos más desvergonzados de blasfemia y profanación son hoy socialmente aceptados en aras del entretenimiento audiovisual y la *libertad de expresión*. ■

(Continuará en el próximo número de *Conéctate*.)

Pasajes seleccionados de *Ya estaba escrito*, de Michael Roy, editado por Aurora Production.

1. *The Almanac of the Christian World*, Tyndale House Publishers, Wheaton, 1990. 2. DAWN, *Friday Fax*, 2001, nº2. 3. DAWN, *Friday Fax*, 2003, nº7. 4. DAWN, *Friday Fax*, 2002, nº8. 5. DAWN, *Friday Fax*, 2001, nº2. 6. UNESCO, 1996; ISSN, 2001; *Ulrich's Periodical Directory*, 2000; *Oxbridge Directory*, 1997. 7. Steven Kent, *Cyberplay: Why do so many games have violence and devil imagery?*, CNN, 30 de mayo de 1997.

CONÉCTATE CONMIGO

■ Cualesquiera que sean tus circunstancias o el modo en que las has abordado hasta ahora, sea lo que sea que hayas hecho o dejado de hacer, ¡te amo! Veo cada una de tus lágrimas. Oigo todos tus clamores. Participo de cada uno de tus pesares, tus tristezas, tus frustraciones y preocupaciones. Conozco cada uno de tus deseos. Veo lo más recóndito de tu ser y tus anhelos más íntimos, y te aseguro que el amor que siento por ti es más profundo de lo que podrías concebir.

Observo tu lucha y deseo ayudarte. La vida entera suele ser una lucha. Sin embargo, se te hace mucho más fácil si estableces una conexión espiritual conmigo. Tengo todo el amor, el consuelo, la paz y las soluciones que buscas. Puedo transformar la confusión, la vaciedad y la desilusión en paz, abundancia y amor.

Estoy aquí mismo, a tu lado, aguardando pacientemente a que me pidas ayuda para aliviar tu desazón, enjugar tus lágrimas y manifestarte cuánto te amo. No tienes más que conectarte conmigo. Puedes hacerlo en cualquier momento y lugar. Yo proveeré entonces para tu espíritu lo que más necesites en ese momento.

